

QUE HABRA MAÑANA O LA INDIFERENCIA DE HOY

WOLFGANG STOCKHAUSEN

La cantidad de literatura sobre política de desarrollo es realmente impresionante y deslumbrante. Las cifras actuales y las estimadas para el futuro son extraordinariamente altas y los indicadores generales dados a la luz pública nos aseguran un futuro promisor y una felicidad inconcebible, si consideramos que tales cifras e indicadores son hechos matemáticos que no mienten, tal como nos lo quieren hacer ver.

En efecto, vemos construcciones que nos asombran, autopistas, rascacielos, computadoras, yates, avionetas, fábricas. Pero significan también contaminación, tráfico, colas, ranchos, criminalidad, protestas, inflación, desempleo y hasta escasez, para no decir hambre. ¡Qué extraño! De estos últimos "desarrollos" casi no se consiguen estadísticas ni índices.

Algunos sostienen que el "crecimiento económico" es la felicidad de todos, y otros, o los mismos según las conveniencias, sostienen que dicho "crecimiento" es el culpable de todos los males. ¿Cuál será la verdad?

Primero habría que plantearse, qué es un indicador general o un valor estadístico, y qué implica. ¿Es desarrollo, felicidad, felicidad de todos o de algunos solamente, o es sencillamente un número más? Todo depende del punto del que se mire o como se mire o como se interprete, pero en términos generales se basa en que con más dinero se consigue mayor satisfacción. También presupone que ese creciente flujo monetario sea distribuido más o menos homogéneamente entre toda la población y que tenga efectos sociales positivos. Por más que nuestra dirigencia quiera convencernos, esto no ha sucedido. Basta husmear entre las cifras y leer entre líneas, para darse cuenta que ha sucedido todo lo contrario, vemos mayor concentración económica y política; menor competencia, calidad de los productos, atención al público; mayores costos, y más propaganda para convencernos de lo contrario. Si consideramos los tan trajinados índices "per cápita", vemos cifras tales de que si tenemos Bs. 1.000,00 para una población de 100 personas, el índice sería 10; si de esas 100 personas 90 reciben 100 y 10 reciben 900, el índice es el mismo pero la calificación es muy diferente. Otro ejemplo, en dos años se incrementó el cupo hospitalario de 100 a 115 camas, o sea el 15 por ciento, pero si había ya un déficit anterior, o si la población creció más rápidamente, o si no hay suficientes médicos para atender ese cupo, el índice no nos indica nada importante.

Hasta el presente nadie ha encontrado la fórmula mágica que nos resume en unos pocos indicadores algo tan complejo como la felicidad y el bienestar ge-

neral. Teoría tras teoría se ha desechado, y las presentes, se cuestionan fuertemente, sobre todo en los países "en desarrollo", como también en aquellos denominados "desarrollados". Cabe resaltar que el criterio más generalizado que sostiene que: "Crecimiento económico significa desarrollo y felicidad", ha resultado ser una falacia. Basta con leerse las últimas declaraciones emitidas por el presidente del Banco Mundial. Y como ejemplo palpable se puede citar el Brasil donde el crecimiento significó un 30 por ciento para el "pudiente" y solamente un 1 por ciento para el pobre; pero no se menciona la inflación; o sea el crecimiento pudiera haber sido negativo para unos y positivo para otros.

Así que cuestionemos esos índices y esas cifras, dejemos su análisis a los especialistas. Nosotros, la población usemos nuestros propios índices, tales como: ¿qué puedo comprar con mi sueldo? ¿cuánto puedo ahorrar? ¿cuánto gasto en médico y medicinas? ¿cuánto tiempo tengo que esperar por un autobús o que me atiendan en los hospitales públicos? ¿puedo respirar aire puro, pasear en un parque? ¿conseguir un baño público limpio? ¿seguridad en la calle? etc. Esos deberían ser nuestros índices.

Otra de las hipótesis más mentadas es la tecnología como llave para el "desarrollo" y la felicidad. Obviamente hay algo de verdad en ello, porque nos facilita la realización de algunas tareas y nos hace más cómoda la vida.

La tecnología ha nacido para superar una necesidad, no por el solo hecho de quererla, y ha sido desarrollada a cambio de grandes sacrificios. Pero una vez desarrollado y satisfecho el mercado interno, hay que vender la tecnología afuera y no necesariamente para satisfacer nuestras necesidades; sino más bien para mantener la forma de vida con sus comodidades de los "desarrollados", así como sus carreras armamentistas, etc.

Llama la atención que por ejemplo en Alemania de cada seis empleos uno depende de la venta de productos manufacturados a países del "tercer mundo", que de cada marco pagado al Banco Mundial vuelven dos, y que el gobierno gasta millones para curar excesos de alimentación mediante curas de adelgazamiento.

Si la tecnología ha resuelto problemas en un país determinado es porque había una necesidad específica, y a la par de la tecnología se desarrollaron los recursos humanos y todo un sistema. Esto se puede lograr siempre y cuando haya la infraestructura que lo soporte; así como educación básica y especializada, recursos humanos, financiamiento y la conciencia

del ser humano involucrado de que se crea algo. A pesar de ello existen insuficientes hechos históricos que también demuestran los efectos negativos en caso de no cumplirse las premisas anteriores.

Desgraciadamente lo que en un tiempo fue un medio para solucionar problemas reales, hoy en día se ha convertido en una carrera de "mercaderotecnia", de armamentismo y hasta en una cuestión de moda. Venezuela está metida de lleno en las dos carreras, la del crecimiento y la de la tecnología; relegando a tercer, o tal vez a último, muchos, si no todos los demás valores que le daban su carácter típico. Detengámonos a analizar nuestros logros, pero con nuestros propios indicadores. No será que a cambio de esa tecnología estamos perdiendo lo que era realmente nuestro; nuestra cultura, nuestros ríos y bosques, playas y peces, flora y fauna y en última instancia nuestra tranquilidad. A cambio de artefactos cada vez más sofisticados, que ni siquiera nos lo reparan cuando fallan. Palpamos un desarrollo por el desarrollo mismo y no por nosotros; hasta daría la impresión que nuestra "democracia" la estamos desarrollando por ella misma y no para mejorar a Venezuela. Se están tratando de propulsar las formas y no las esencias; es como si la propaganda resolviera el problema del tráfico, de la contaminación y del congestionamiento.

No estamos llegando a nada, estamos parados sobre un solo pie —el petróleo— y nunca alcanzaremos a los "desarrollados"; nuestra idiosincrasia, infraestructura, tamaño, condición natural nos dictan un camino diferente. Paremos nuestra carrera y frenemos la propaganda, reventemos el círculo vicioso. Tenemos los elementos básicos para vivir bien y sanamente; desarrollemos estos y equilibremos lo esencial que nos pudiera faltar con el petróleo, hierro, turismo. Después pensemos en lo "no básico", pero sin olvidar lo básico; analicemos nuestras ventajas y desventajas en cada área; nuestras virtudes y defectos; el ayer, hoy y mañana.

Además podemos estar seguros que varios de los países "desarrollados" nos apoyarían porque ellos mismos están cansados de tanto correr. Sería cuestión de plantear nuestros problemas no como un problema de la más avanzada tecnología, sino un problema a resolver dentro de un contexto socio-cultural-ecológico-económico.

Hemos ganado la batalla de la OPEP, hemos avanzado algo en la ALALC y el Pacto Andino. Seamos optimistas y hagamos esfuerzos todos y cada uno de nosotros. Todos queremos una oportunidad.